

MENSAJE A JOVENES EGRESADOS

por el prof. JORGE MILLAS

El prof. Jorge Millas, Director del Departamento Central de Filosofía y Letras en la Facultad de Filosofía y Educación, pronunció las palabras siguientes con motivo de la graduación de los alumnos de la Sección de Inglés de dicha Facultad, durante el presente mes.

No es fácil cometido hablarlos hoy, en día tan solemne de vuestras vidas. Y no sólo porque la dignidad de la ocasión exige al orador un pensar y decir igualmente dignos, sino porque, además, supone un imperativo riguroso: el imperativo de sinceridad.

Es ésta una virtud áspera y dura. Como es, por su índole, servidora de la verdad y de otros máximos valores, su ejercicio requiere también máximas potencias del alma. Ello explica, tal vez, que no la solicitemos en toda ocasión de los demás y que seamos a menudo benevolentes para reclamarla de nosotros mismos.

No conviene, sin embargo, a la vida del hombre que esta tolerancia se otorgue sin medida y llegue a convertirse en franca indiferencia. Porque si es cierto que la sinceridad es corrientemente virtud superlativa, verdadero lujo ético del alma, suele ser también virtud necesaria, *minimum ético*, del cual, como del alimento, no podemos ya dispensarnos. Por eso, hay cosas y circunstancias que fuerzan a ser sincero sino pena que vuestras vidas perezcan por desnutrición moral.

Dirigiese hoy, en estos años, a los jóvenes de esta patria, es hallarse en tales circunstancias. Primero, porque se trata de los jóvenes y ellos, por imperativo casi biológico de almas y cuerpos que es configurar, quieren y necesitan creer en nosotros. La insinceridad frente a ellos sería, pues, un atentado contra sus propias vidas. En seguida, porque estos son años oscuros, llenos de confusión, menesterosos, por tanto, de claridad, de la claridad de las almas sinceras.

Es obvio que la sinceridad es transparencia. Gracias a ella dejamos ver nuestro corazón, damos al prójimo, sin regateos, nuestra intimidad de pensamientos, afectos y propósitos. Es, por eso, una virtud de amor. Pero no es sólo el corazón del prójimo lo que se transparenta: con él se muestra asimismo el mundo de que él es testigo, las cosas y sucesos que ha visto. Si es insincero, encubre no sólo su propia alma recóndita, privando a los demás de su amor, sino que oculta también una parte del mundo, privando a los demás de conocimiento. ¿Cómo no ha de ser pues, imperativo mayúsculo de la hora presente el ánimo de sinceridad frente a los jóvenes?

Yo voy a cumplir este deber mío, poniéndolos en descubierto algo de vosotros mismos y algo del mundo a que pertenecemos. La tarea sería, es claro, superflua, si se tratara de cosas obviamente visibles o mostradas por reiterados actos de sinceridad social. Mas la verdad es que entre vosotros y ciertas cosas que os atañen, por pertenecer a vuestra personalidad y vuestro mundo, se interpone un velo de insinceridad espesa, que la educación suele empeñarse mantener. No es, por supuesto, necesario pensar que alguien se haya propuesto deliberadamente engañaros. No siempre hay mala fe tras la insinceridad, que tiene la cualidad, bien extraña, dado su concepto, de ser, en ocasiones, ingenua y bondadosa, nociva, pero no pecaminosa. Por eso es posible la insinceridad consigo mismo, que, por lo demás, suele estar en la raíz de la insinceridad para con el prójimo.

A esa especie de angélica insinceridad pertenece la convicción formada en la mayoría de vosotros y de nosotros de que, por ser los jóvenes, pertenecéis al porvenir y que este mundo cargado de imperfecciones y pesares no es el vuestro, en cuanto no sois responsables de lo que es. La creencia parece tan evidente, que casi resulta antinatural sugerir su índole falaz. Porque, es claro: si habéis comenzado recién a vivir, si sois según os han formado vuestros mayores, si hasta vuestro temperamento lo debéis a la herencia biológica, si el mundo social lo han plasmado otras generaciones con *sus* hechos, ¿cómo podríais ser responsables? Y si no lo sois, sois víctimas inocentes del mal hacer y del ser peor de los adultos, que os legan un mundo caótico. Carguen ellos, pues, la culpa y aguarden los jóvenes su oportunidad, que si les llega ya, consiste en ir pensando cómo cambiar las cosas, cómo redimir el mundo de la culpa de los mayores.

Es fácil descubrir, no obstante, la falacia de estas razones. Ella reside en el equívoco concepto de la responsabilidad. La responsabilidad implica, en efecto, varias cosas. Por una parte, que debemos reparar los daños ocasionados por nuestros actos libres; por otra, que nos reconocemos autores de tales actos. En este sentido, el argumento es relativamente justo. Pero hay también otro sentido de la responsabilidad: el de ese deber que nos hace solidarios del dolor compartido por los miembros de una comunidad, trátese de la humanidad, la nación o la familia. Esa responsabilidad que nos mueve más a pensar en el deber de poner atajo a un mal presente, sea o no consecuencia de nuestros actos, que a buscar el culpable inmediato en el pasado. Esa responsabilidad, en fin, que no se escuda tras la conciencia de no haber hecho algo malo, y que afronta, en cambio, la exigencia de actos positivos de bien. La responsabilidad, en buenas cuentas, que nos convierte en custodios permanentes del bienestar del hombre, con el alma generosamente dispuesta en todo instante a la acción moral creadora.

La idea de la juventud no culpable está poniendo frívola, indolente y soberbia a la juventud. Peor todavía, la está haciendo insolidaria con el sufrimiento del mundo. Un número cada día mayor de jóvenes se siente menos ligado por el deber de ser mejores. Removido todo sentido de culpa, no sintiéndose parte actual del mundo por no haberlo formado, esperan su oportunidad, pasando el tiempo. La vida se ha hecho para muchos realmente eso: un pasatiempo.

Muchos estudian y trabajan, claro está. Ustedes, por ejemplo, estudian. Pero hagámonos ascetas de la sinceridad, y evitemos acallarlos con aspavientos. ¿Con qué conciencia estudian los jóvenes realmente? ¿Con verdadera conciencia moral, puestos los ojos en algo más que en la futura seguridad personal de sus vidas, puestos los ojos, por ejemplo, en su pueblo?

Yo no estoy seguro, como algunos impenitentes románticos, del idealismo de la juventud. La juventud anuncia desde muy temprano las más disímiles modalidades de la condición humana. Humanos, demasiado humanos, son los jóvenes, gracias a Dios. Por eso es lamentable la beatería ilusionista con que se halaga a la juventud. A veces esta beatería no pasa de ser una ingenuidad. Otras, es pura demagogia, y quienes la practican — ciertos políticos inescrupulosos, en ocasiones — saben muy bien lo que quieren. No es el idealismo — concepto por lo demás vago y absurdo — lo que cuenta para ellos, sino la inexperiencia y el espíritu menos avisado de los jóvenes.

La juventud es también culpable y responsable. Lo es en sus circunstancias y a su manera, pero lo es. Y lo es, porque es humano, el hombre sólo es hombre en cuanto responsable. No permitáis que os nieguen este alto privilegio de aceptar vuestra culpa. ¿Cómo, de otro modo, pudierais ser libres? No hay libertad sin riesgo, y el riesgo moral de la libertad es la culpa. La culpa es la conciencia de haber errado, que se acompaña del conocimiento de haber podido no errar y, por tanto, de una enérgica voluntad de progreso moral.

La juventud es también artífice de su vida, y la hace con aciertos y caídas. El fracaso os pertenece, igual que el éxito, como cosa propia. Es también creación vuestra, a vuestra medida y conciencia. Si renunciáis a aceptarlo como vuestro, renunciáis también a una parte actual de vosotros mismos. El destino de tener que hacer la vida y de correr el riesgo de hacerla mal es común a todos los hombres. Ya lo decía Hegel: "el hombre es aquello que él se hace mediante su actividad" (1). Es claro, la hacemos según lo que nos es dado para hacerla: un temperamento laxo o tenso, un carácter noble o vulgar, una inteligencia lúcida u opaca, una fortuna espléndida o menguada, un maestro superior o mediocre. Se nos da más o se nos da menos, lo cual es a veces injusto, si el dar depende de la propia sociedad, ya que sólo a los seres humanos es aplicable la exigencia de justicia. Será necesario muchas veces rebelarse contra la injusticia. Pero ninguna de estas circunstancias nos releva del deber de hacer de nosotros los mejores ejemplares de humanidad posible. Ellas podrán, seguro, explicar científicamente el hecho de nuestro ser efectivo, pero no justifican su valor. El valor es creación nuestra, libre, y por eso nada exterior a nuestra voluntad puede exonerarnos de culpa.

Todo lo cual supone que para vosotros hay también valores y normas y que vuestra inexperiencia y sobreabundante vitalidad no son excusas para actuar de cualquiera manera. Vivimos en una comunidad de valores, inmersos en ella, instalados en ella como en el propio planeta que nos cobija. Pero se trata de una situación espiritual. El planeta no es obra nuestra, y, en cuanto cosa física, bien podemos despreocuparnos de él, que él se cuida solo. Los valores, en cambio, requieren de nuestra vigilancia permanente: nos distraemos, y se esfuman. La justicia, la verdad, la belleza no son piedras ni astros. Sirven a nuestra vida, viviendo de nuestra vida. De la de cada cual, de la vuestra y la mía, que nutren su realidad, convirtiéndolos en acción concreta.

Los males de la hora presente son muy graves: el desorden económico es sólo un aspecto de la crisis general de la República, que es crisis de las almas. Almas insolidarias, replegadas sobre sí mismas, y, por ello, deshumanizadas. Por todas partes asoma ya el síntoma inequívoco de mal tan profundo: el cinismo. Cinismo de gobernantes y gobernados, de funcionarios públicos y empresarios privados, de grupos políticos e intelectuales.

El cinismo es un vicio complejo, pero su esencia está en la indiferencia y el subterfugio. El cínico opera inescrupulosamente, pero se cuida de invocar los más altos valores. Es el policía que delinque en nombre de la seguridad social, el periodista que comercia con la dignidad de las personas en nombre de la libertad de expresión y de la necesidad de información, el político que invoca la voluntad del pueblo para imponer sus personales manías, el poderoso que esconde sus intereses propios tras los intereses sociales. De esto somos todos responsables. Yo también. Todos, de una manera u otra nos servimos de subterfugios para esconder nuestra culpa de indiferencia, de laxitud

moral. La profesión, la cortesía, el buen sentido, la tranquilidad pública, suelen ser nuestros pretextos para nuestro acobardamiento al mal que cunde por todas partes.

Pero hay también la excusa de la pseudoresponsabilidad. Es una característica de nuestro tiempo que el individuo tienda a ocultarse, a disolverse, en agrupaciones de toda índole que piensan por él, deciden por él, se hacen responsables por él. Yo no digo que éste sea el origen de las agrupaciones ni que esa sea la única función de ellas. Lo que digo es que el individuo —y lo más terrible es que ello ocurra entre los jóvenes— busca a menudo el subterfugio de las organizaciones para ahorrarse el esfuerzo de discernir por sí y aceptar la responsabilidad de un vivir individualmente valioso. El pretexto del pensamiento y de la responsabilidad colectivos no puede eximirnos de deber algo, porque tales pensamiento y responsabilidad son sólo mitos. El pensamiento y la responsabilidad sólo pueden ser individuales. Sólo la emoción violenta, que suele cundir, como el fuego, entre las gentes, puede ser colectiva. El pensar auténtico supone visión, discernimiento, convicción de alguien. Muchos individuos pueden pensar mancomunadamente y concertar la acción común. Pero ese no es un pensamiento colectivo, sino la colectividad de muchos pensadores individuales.

Yo os invito, jóvenes graduandos, a vivir libres de mitos y subterfugios, en lo tocante a vuestra responsabilidad y vuestra libertad. Esta Casa ejemplar os reconoce hoy formados en una de las etapas del conocimiento y de la personalidad. No os confiere con ello una patente de juvenil impunidad, sino al contrario, os impone una tarea. Entre miles de jóvenes chilenos privados del privilegio de la educación —todavía en este siglo es la educación un privilegio— vosotros sois como los elegidos, más que por vuestros méritos, por la azarosa ventura de vuestros destinos. Pero este azar puede ser legítimamente por vuestra acción futura. Se os ha capacitado mediante el conocimiento para actuar como seres libres. Porque sabéis más que otros, tenéis delante un horizonte más dilatado de conductas posibles. Podéis ser más libres que otros. Pero no lo sois todavía. El concepto de la libertad es engañoso, y tenemos que precavernos filosóficamente frente a él. Teóricamente la libertad, como posibilidad de acciones disyuntivamente coordinadas, es acción en potencia. Pero así entendida, es ella misma pura posibilidad de libertad. La realidad de la libertad es el acto concreto que surge de la indecisión, del discernimiento, del riesgo, de la resolución que fija nuestra responsabilidad.

Pero además, considerad que esa libertad no os fue dada para retozar a gusto en la vida. Su verdadera realidad depende también de los fines a cuyo servicio la pongáis. Son también de Hegel estas palabras: "El principio de la libertad consciente implica por sí mismo la fijación de un fin que sea en sí de naturaleza universal... y que, siendo universal, sea a la vez fin subjetivo del individuo, conocido, querido, realizado por el individuo, de tal suerte que él sepa que su propia dignidad consiste en la realización de este fin".

El valor envidiable de vuestra edad no reside en ninguna ilusoria perfección, sino en el repertorio de vuestras posibilidades de vida plena y auténtica. Estáis menos hechos que nosotros: vuestro ser está a vuestra disposición. Y con él está el de la comunidad social, que os ayuda a forjarlos y que vosotros forjáis también por vuestra acción. Son dos destinos indisolublemente unidos. No es posible mengua de ninguno de ellos, sin menoscabo correspondiente del otro. Ya lo veis: sois responsables de un todo humano, con una responsabilidad que comenzó ya y que se extiende más allá de vosotros mismos, hasta la vida de vuestros propios hijos.

(1) "Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal" (Intr. II, J, b).